El Perú en la imaginación europea, principalmente en la literatura

Edgardo Rivera Martínez

Para forjarse una idea de la impresión inicial de los europeos ante el Nuevo Mundo, y cómo ella asumió la fisonomía que prevaleció en los siglos XVI y XVII, conviene tener en cuenta la índole de los primeros contactos, después de un viaje azaroso e interminable. Esos viajes se realizaban en frágiles y pequeños barcos, que luego se trocaron en los pesados galeones de las flotas de Indias. Tempestades, naufragios, corsarios, penurias, eran los riesgos más temidos y frecuentes.

Los europeos descubrieron estas tierras y a sus moradores, tanto como éstos descubrieron a aquéllos. Las consecuencias fueron, por cierto, mucho más graves y trágicas para los americanos. Los descubrimientos conocieron una época de predominio ibérico, y otra de predominio anglo-francés.

El encuentro cultural que ese «descubrimiento» originó, implicó el contacto de las dos partes, origen a su vez de un creciente vínculo. La sorpresa, la tentación de la fuerza, la fascinación de lo extraño, e incluso el absurdo, marcaron los primeros contactos. Se establecieron luego «relaciones» más permanentes, como las misiones, el comercio de esclavos, y muchas veces se trocaron aquéllas en expulsión y exterminio. La conquista y la colonización significaron luego todo un proceso de transculturación, una de cuyas víctimas principales fue el Perú.

Esos contactos dieron lugar a una serie de formas narrativas, orientadas a la divulgación de los hechos vividos y de las nuevas realidades. La literatura de viaje y los textos de recopilación y difusión fueron sus formas más definidas.

En el caso del Perú esa literatura es obra, principalmente, de los cronistas, «ojos y corazón de la historia». Sus crónicas se caracterizan por la objetividad, la religiosidad, el ánimo testimonial. Frente a la naturaleza de nuestros llanos y sierras prevalece un contenido asombro, cuando no espanto. Dirá Acosta del Perú que es «tierra extraña entre todas». Esa extrañeza se hace aún mayor ante las florestas de la Amazonía. Garcilaso, por su parte, da cuenta de las modificaciones del paisaje por causa de la presencia de otros cultivos y otros animales, traídos de Europa. Dirá Calancha: «el clima enseña comedimiento y nobleza, y la tierra influye señorío».

Tanto en el caso de las crónicas que versan sobre las tierras del Caribe y Nueva España, como las que tratan de Nueva Castilla (virreinato del Perú), hubo amplio lugar para las fantasías geográficas. Ya Colón hablaba de gigantes y seres extraños. Se difunden las quiméricas imágenes de una región y fuente de juventud eternas, del reino de las Siete Ciudades, etc. Incluso viajeros tan atentos y objetivos como Acuña, Cieza y Guzmán Poma hablan de gigantes. Se crea la leyenda de El Dorado y Manoa, y de las fabulosas provincias de Rupi Rupi, Omaguas, Lin Lin, Jauja, el Paititi.

Traducciones de varios de esos relatos y crónicas, o resúmenes de los mismos, se publican en recopilaciones como las de Ramussio en Italia y Hakluyt en Inglaterra.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Edgardo RIVERA MARTÍNEZ. El Perú en la imaginación europea, principalm...
Centro Virtual Cervantes

Bajo su inspiración se graban estampas, en las que la imaginación, la ingenuidad y el exotismo se dan la mano. Más aún, en las cosmografías las referencias originales sobre el Perú alcanzan a veces contornos completamente fabulosos, en consonancia con viejas imágenes y aspiraciones ancladas en el inconsciente colectivo.

El exotismo perceptible en esos textos, en mayor o menor grado, no debe ser entendido como el que se halla presente en la literatura del siglo XIX, esto es, como un impulso hacia lo desconocido y lo pintoresco para luego representarse y observarse —melancólica subjetividad— en escenarios diferentes y lejanos. Después de todo, esos viajeros lo eran por motivaciones muy distintas de las del capricho. Sus desplazamientos obedecían a resortes más concretos. Su asombro era en tal sentido objetivo, a la vez que en su alma había la más abierta ventana para todas las materializaciones de lo posible.

Un caso particular, y particularmente ilustrativo, de esa literatura de viaje con referencia al Perú, es el de los relatos de corsarios y piratas. Se habla en ellos de esta costa tan desolada y estéril, con algunos picos nevados asomando por encima de la niebla. Se habla de las islas, entre la bruma y los gritos extraños de los lobos y pájaros marinos. A estos tópicos se añade un testimonio singular, el del inglés Betagh, quien vivió como cautivo en Lima. Tan gratas fueron aquí sus experiencias —Lima como un perpetuo baile de máscaras en materia de amor—, que aconseja «to the man of pleasure», hacer de esta capital «his temporal paradise».

La literatura francesa del siglo XVII ofrece reflejos de lo que puede llamarse exotismo peruano. Tenemos así esa ingenua y bellísima peruana que en las *Cartas* de Mme. de Graffigny —impresionante best-seller de esos tiempos— se asombra ante las artificiosidades de la vida parisina, y añora ese país de justicia y de simple naturaleza de donde había sido arrancada. Una inédita novela del obispo Huet ofrece, en cambio, con deplorable caracterización, una muy pobre y estereotipada imagen del Perú. Y el Perú aparecerá aún más convencional en ballets, en grabados, en ensayos y meditaciones.

El siglo XVIII es también el período de los viajeros científicos, cuya atención se concentra en nuestra costa, olvidando el remoto Cuzco. Frézier pondera el clima de Lima, se horroriza por la relajación de curas y monjas, y deja traslucir en sus páginas el malhumor prejuicioso. El viajero y estudioso La Condamine exhibe un racionalismo más receptivo, no exento sin embargo de una despectiva visión de los «indios». Hipólito Ruiz y Antonio de Ulloa, españoles, pondrán en ejercicio una curiosidad acaso más equilibrada en sus observaciones. Y ya desbordando el siglo XIX Humboldt prestará más atención a los monumentos, y encontrará en la arquitectura incaica una adecuada y completa expresión del paisaje andino.

Los testimonios del siglo XIX ofrecen, como es de esperar, un mayor interés por el color y una sensibilidad más pronta y matizada. El viaje es entendido como una especie de «hazaña subjetiva del espíritu». Y, en cierto modo, por obra de la pluma de los viajeros europeos, se constituye esa entidad espiritual que es el paisaje —o, más exactamente, los paisajes— del Perú.

De principios de la centuria son las páginas de Mellet, hombre que al parecer disfrutó muy bien de las aldeas del litoral, de su comida, sus fiestas, sus mujeres. Más adelante vienen turistas más cultos, inducidos al peregrinaje por una mezcla de capricho y de afán de prestigio. Nuevamente la Sierra atrae sus pasos. El vizconde de Sartiges anota los vivos contrastes que se dan en la tierra y en el hombre peruanos, riqueza y miseria, actividad e indolencia. Botmiliau pondera la limpidez de las noches en la cordillera. Radiguet remarca las líneas de los estereotipos limeños, con su fácil exotismo. Castelnau, viajero científico, representa una atención más polifa-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Edgardo RIVERA MARTÍNEZ. El Perú en la imaginación europea, principalm...
Centro Virtual Cervantes

cética, y da cuenta de una honda y deslumbrada actitud ante lo sobrehumano de los paisajes andinos.

Casos especiales son los de Angrand y Marcoy. El primero es un fino y fidedigno dibujante de monumentos, vestidos y costumbres, tanto de Lima como de las provincias. Su testimonio es tan poético, aun en su objetividad, como irremplazable. A la labor del dibujante sumará más tarde, en 1847, una detenida y exactísima labor de arqueólogo. Paul Marcoy —es un seudónimo— es, en cambio, el viajero sin prisa, que no se cura de observaciones sistemáticas, y disfruta mucho más con el trato humano, la comida, los bailes, las costumbres. Es un magnífico descriptor de atardeceres y escenarios, y un colorista estupendo.

Entre los viajeros ilustres del segundo tercio de siglo tenemos también a Darwin que, como a los piratas, cuán desolada le pareció nuestra costa. Markham es el estudioso metódico, impregnado por un raro fervor por las creaciones y la historia de esta tierra. El suizo Tschudi será el observador atento, minucioso, sistemático.

Luego de un cierto decaimiento en esa producción, de desiguales valores literarios, la introducción del guano en los mercados europeos, y otras circunstancias, determinan un renacer del interés de estas tierras. Debadié ejemplariza una nueva y desfavorable visión de lo peruano. Wiener, con su afán totalizador, es también «el último de los viajeros románticos» (Porras). Intimidado constata que el indio es triste aun en sus danzas y alegrías. Pero Carrey dirá todavía que el Perú es «le pays de l'amour, de la richesse et du sommeil».

BOLETÍN AEPE Nº 30. Edgardo RIVERA MARTÍNEZ. El Perú en la imaginación europea, principalm...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes